



I Congreso del Doctorado en Humanidades: La idea de Ser Humano en las Humanidades



El congreso fue un testimonio del trabajo de investigación realizado por los alumnos y de los profesores.

El pasado 1 de marzo, alumnos y profesores del programa de Doctorado en Humanidades de la Universidad Anáhuac presentaron diversas ponencias, realizadas durante la impartición de sus asignaturas, acerca de la interpretación de ser humano en las humanidades.

Más información:
Facultad de Humanidades
Mtro. Ricardo Morales
ricardo.morales@anahuac.mx

I Congreso del Doctorado en Humanidades***Facultad de Humanidades******Universidad Anáhuac México Norte******Título: La dificultad de ser persona en Mounier, entre el ensayo y la farsa.******Dr. Rafael García Pavón.******Coordinador del Doctorado en Humanidades.***

Motto: Ya ves, es necesario que hagamos algo por nuestra vida. No lo que las demás ven y admiran, si no la proeza que consiste en imprimir el infinito en ella. (Mounier, E. Cartas desde el dolor, madrid: ediciones encuentro. P. 16.)

Bajo cada fórmula yace un cadáver: el ser o el objeto mueren bajo el pretexto al que dieron lugar. Es el desenfreno frívolo y fúnebre del espíritu. Y ese espíritu se ha derrochado en los que ha nombrado y circunscrito. Enamorado de los vocablos, odiaba los misterios de los silencios pesados y los volvía ligeros y puros: y él mismo llegó a ser ligero y puro, puesto que aligerado y purificado de todo. El vicio de definir ha hecho de él un asesino gracioso y una víctima discreta. Y es así como se ha borrado la mancha que el alma extendía sobre el espíritu y que era lo único que le recordaba que estaba vivo. (E. M. Cioran, Breviario de podredumbre, 2001, Madrid, editorial suma de le tras, punto de lectura, p.p. 37-38.)

El ser humano, como las palabras, debe ensayarse a partir de una inspiración; pues cuando se pretende definirle, las palabras quedan vacías, se mata el ensayo y por lo tanto la posibilidad de descubrir el sentido del ser humano. El ensayo se convierte entonces en una farsa, en una representación teatral en la cual se manipulan a los caracteres, que exagerando o falseando la condición humana, presentan una realidad trágico-cómica de la existencia: trágica, porque nuestra humanidad no cobra una presencia real y cómica, por pretender algo ridículo, que da risa hasta la muerte, que cada uno de nosotros cabe en un sistema de definiciones “sabiéndolo acomodar”. Y es que la farsa siempre es más divertida, menos compleja, no requiere grandes dotes del espectador y no compromete a nadie.

Esto no quiere decir que no podamos pensar sobre el significado de ser humanos, sino que hay que discernir si este pensamiento, con sus indicadores y discursos sobre lo humano, lo hemos utilizado con la habilidad del tramoyista montando un gran escenario en el cual todo discurre con una claridad y evidencia que nada parece difícil de alcanzar, por lo cual hemos hecho del ser humano una farsa o, más bien, el pensamiento ha sido el medio por el que ensaya al ser humano mediante sus discursos, permitiéndole a cada uno hacerse presente de verdad, y en donde se denota siempre la dificultad. Que razón tenía Cioran, parece que el día de hoy vivimos en un cementerio de definiciones del ser humano que ya no nos sentimos vivos y nos hemos purificado de todo lo que nos aquejaba, como el dolor y el sufrimiento.

Emmanuel Mounier trata de combatir la farsa con su ensayo de vida, que se convirtió en filosofía, llamada personalismo. Que al ser su objeto de estudio la existencia de personas libres y creadoras, introduce siempre en el corazón de las estructuras lógicas del pensamiento “un principio de imprevisibilidad que disloca toda voluntad de sistematización definitiva”¹ pues la idea de persona es precisamente aquella que indica lo que en cada hombre no puede ser tratado como objeto, pues es una actividad vivida de auto-creación, comunicación y adhesión que se aprehende y se conoce en su acto como movimiento de personalización.²

Esta idea si bien no es nueva en Mounier –tiene sus antecedentes en un Sócrates, en Montaigne, Pascal- el faro de su inspiración es Kierkegaard y Marx con el corazón siempre puesto en la encarnación de Cristo. Porque tanto en Kierkegaard y Marx, el ser humano es comprendido en y por su actividad, ya sea existencial o en la praxis de reproducir una forma de vida, el trabajo, de ser sí mismo; siempre en relación con otro, inclusive con el mismo acontecer de su actividad, que

¹ Emmanuel Mounier, *el personalismo*, Salamanca: Sígueme, p. 676.

² Cfr. Emmanuel, Mounier, *el personalismo*, p. 677.

nunca está desprovisto de significado, porque es la presencia de una mirada que me nos dice mírate quién eres tú, y que esquiva rompe, y a veces, destroza todo esquema preconcebido a la experiencia de llegar a ser persona.

En Mounier la encarnación de Cristo late en cada una de sus palabras, casi podríamos decir que el movimiento de personalización es vivir a imitación de Cristo, en un proceso de encarnación del espíritu. Cristo es el modelo porque como diría Kierkegaard es la paradoja absoluta, no puede ser reducido a un concepto cristológico o a un principio, sino que su verdad es haber existido históricamente, en su presencia, en su acontecimiento que mira al hombre, lo invita, y le pide mírate a ti mismo de forma tan singular como su propia encarnación y sufrimiento. Y como el acontecer no se puede definir, solo se puede ensayar, el ensayo es un estar siempre abierto a su revelación y lo que nos tiene que decir de la propia condición humana.

La persona para Mounier es un *homo viator*, por tanto, un ser en devenir, en movimiento de ser sí mismo, nunca acabado y siempre regresando al punto de partida con la finalidad de escuchar mejor a qué está llamado a ser. En este sentido es un ensayo que no parte de definiciones preconcebidas de su forma de ser, y si lo fuera, el ensayo hace presente la insuficiencia de las propias categorías. El ensayo no busca definir a la persona, sino revelar la propia condición humana que nos inunda y se desborda en la misma actividad. Por eso el ensayo personal puede cobrar la forma de un diálogo interior: como la confesión, el diario íntimo, los aforismos, los diarios de viaje, los caminos de pensamiento, pero nunca de un tratado que pretenda sistematizar el orden de todo lo real y todo lo conocido. En este sentido el ensayo de ser persona siempre advierte un carácter abierto y relacional, en donde se nos invita a hacer disponible la propia interioridad a la mirada de sí mismo como otro y a la mirada del otro hacia sí mismo.

El movimiento de ser persona es una actividad de descentramiento de la persona del yo, la persona no es el yo, pues como dice Mounier, la persona: “no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú y en él el nosotros preceden al yo, o al menos lo acompañan”³ La persona no es el centro, su nombre propio no se encuentra en el concepto del yo generado por la filosofía moderna, el yo sería una farsa de la persona. Es decir, no se encuentra en la propia identidad de la autoconciencia cartesiana, sino en el acto primigenio que la dirige ha comunicarse con otros en el lenguaje realizado vitalmente como diálogo, en el auto-olvido de sí en el tiempo.

Para Mounier esto quiere decir, que el fundamento de lo que somos o debemos llegar a ser no se puede encontrar en sí mismo, aunque debe realizarse por sí mismo; tampoco quiere decir que son las ideas del otro las que me definen como lo que soy, sino que es la experiencia del modo en que nos dirigimos al otro y como el otro se dirige a nosotros lo que produce una experiencia primigenia de que no estamos de antemano definidos y que el otro no puede tampoco determinarnos. Experimentamos la tendencia a una realización infinita por la que somos solicitados a actuar, a elegir, a ensayarnos para revelar su significado y sentido en el mismo acto por nuestra propia libertad, es decir, la mirada hacia el otro y la mirada del otro, nos hacen saber que nuestra presencia y nuestro destino es personal, no subordinado a ninguna forma de objetivar la realidad de ser humano. Como dice Mounier: “tratarlo como a un sujeto, como a un ser presente, es reconocer que no puedo definirlo, clasificarlo, que es inagotable, que está henchido de esperanzas, y que sólo él dispone de ellas: es concederle crédito.”⁴

³ Emmanuel mounier, el personalismo, p. 699.

⁴ Emmanuel Mounier, el personalismo, p. 701.

El ser personal no se realiza como la subordinación, adecuación o ajuste a una serie de normas o de conceptos predefinidos o sistematizados, sino que siempre es una ruptura con su condición de determinación, no para aniquilarla, sino para apropiarla en su devenir que haga emerger, acontecer o revelar quién es él. Esta salida de sí, como ese dar de sí, en gratuidad y generosidad, es el sentido de ser un ensayo. Inclusive cuando nosotros mismos hemos reflexionado o deliberado sobre nuestras posibles decisiones, la elección de sí mismo no puede darse por definida, sino que se presenta siempre ante la insuficiencia y escándalo de la propia razón de no poder categorizar el acto, y se abre en la relación a otro que le da confianza, haciéndole presente su propia condición: la de que es bueno que existe y que está llamado a elegirla, a ensayarla. Y ese ensayo sólo se logra con un acto simultáneo de confianza y espera que llamamos amor y fe.

Llegar a ser persona en Mounier, por tanto, es liberarse del yo, por la invocación de otro que nos da crédito, confianza y que no nos es indiferente, es decir que nos mira con amor, pues el amor es creador de distinciones: la de que tú tienes un nombre propio no reducible a ningún genérico. El ensayo es ensayar a lo que nos sentimos llamados por amor, como dice Mounier, no es una mera simpatía, sino es la mirada de que eres reconocido como un ser infinito que se invoca a un movimiento de sentido, a una vida posible de forma única, “el amor es una nueva forma de ser. Se dirige al sujeto por encima de su naturaleza, quiere su realización como persona, como libertad, sean cual sean sus dones o deficiencias, que ya no cuentan esencialmente a sus ojos: el amor es ciego, pero es un ciego extralúcido.”⁵

No es una llamada a realizar determinados objetivos o metas específicas, sino a atreverse a realizar el vínculo, libremente, entre las

⁵ Emmanuel mounier, *el personalismo*, p. 701.

determinaciones dialécticas de su condición existencial: entre pasado y futuro, entre herencia y posibilidad, entre dones y tareas, talento y vocación. En este sentido hay que reconocer que la idea de ser humano como persona es un camino, un acto de bondad, que no es definitorio, sino indefinido por amor, es inactividad, contemplación, escucha y espera; es discurso recorrido y no estructura fija, disposición a que la realidad se muestre como es. Es decir, disponibilidad no sólo de elegir, sino a elegirse a sí mismo, pero este elegirse es al mismo tiempo un estar dispuesto a recibirse a sí mismo, por eso la verdad de la persona y su vida como ensayo no queda definida por ninguno de sus momentos, sino que se repite en su revelación por cada instante que se decide auténticamente, con la conciencia de saberse no sostenido por ningún sistema, es un instante eterno, un instante que significa para siempre.

Por eso para Mounier el *cogito* cartesiano que instauraba el yo como fundamento del conocimiento y del ser no es una verdadera certeza, por que no me permite la experiencia de mi condición humana. Mounier la transforma de un “pienso, luego soy”, a un “soy amado, luego soy” como una certidumbre mayor que cualquier identidad autoconsciente: “el acto de amor es la certidumbre más fuerte del hombre, el cogito existencial irrefutable: Amo luego el ser es y la vida vale (la pena de ser vida). No me confirma sólo por el movimiento mediante el cual lo establezco, sino por el ser que en él el otro me concede.”⁶

Tarea nada fácil, pues es plena de sufrimiento y angustia, porque exige el esfuerzo de descentrarse de nuestras definiciones, nuestras seguridades, hábitos y pre-comprensiones, en la teoría y en la práctica. Desde el escándalo que para la razón produce la imposibilidad de que sus certezas sean certezas morales en acto, hasta la incertidumbre del esfuerzo llevado a la práctica y que parece no tener consecuencias directas y

⁶ Emmanuel mounier, el personalismo, pp. 701-702.

eficaces. Y es que de nuevo, la persona no se define por los objetos hechos, las metas alcanzadas, sino por las huellas de significado, los signos reveladores sobre su propia condición humana para los cuales el sufrimiento es siempre encarnación de las ideas, experiencia temporal de la salida de sí, y sobre todo, de que nada nos establece en un espacio fijo para siempre. En este sentido la dificultad de ser persona, de ensayarse, es este constante sufrir la salida del yo, que da la presencia ineludible de la inquietud existencial de plenitud, de la revelación de la insuficiencia en mí y la necesidad del amor del que me llama y principalmente de que lo que parece imposible es posible, y así en el medio del sufrimiento siempre hay para Mounier una revelación del propio ser personal que eres tú.

El sufrimiento como la persona no puede ser categorizado por definiciones, como dice Mounier : “agradezco a Dios haber sufrido cuando llegó la ocasión (...) no hay nada como el sufrimiento para reconciliarse con las cosas y con la vida misma.”⁷ El sufrimiento es el medio en el cual la persona se encuentra consigo mismo de forma auténtica, porque no se encuentra con la reducción o la parcialidad de las definiciones o sistemas conceptuales que puedan hacerse de la existencia, sino con el modo mismo de ser del acontecimiento de su personalidad, por un lado algo cierto y determinado, por otro algo abierto y creativo. Por eso nos dice Mounier que el sufrimiento es la revelación misma de la verdad de la propia existencia y el permanecer siempre abierto: “He ganado un enriquecimiento tal que, a pesar de lo irremediable, son horas y semanas que no querría no haber vivido.”⁸

La persona en Mounier, como idea de ser humano, es el drama de salir del yo para encontrarse con el amor del que, mirándome antes de saber de mí, me ha amado, en un acto de hacerme presente como es infinito, que tengo crédito, que no soy objeto, ni el cadáver de una

⁷ Emmanuel mounier, cartas desde el dolor, p. 18.

⁸ Emmnauel mounier, cartas desde le dolor, p. 19.

definición y por eso llamado a una relación personal más allá de las propias capacidades.

Este drama es una lucha entre el ser y el no-ser, porque la mayor felicidad y plenitud de la persona no es poder serlo, o serlo substancialmente, sino serlo de acuerdo a su propia teleología que se da en la dialéctica de poder hacer que su razón salga de sí en un acto de decisión que es al mismo tiempo de confianza y esperanza en el otro que me mira; de que es justo que exista, y que hay una posibilidad para mí, es creerse a sí mismo, no sólo saberse a sí mismo, gracias a la mirada amorosa del otro; inclusive, dice Mounier la mirada del guardia de una prisión. Éste mira al otro como una fuente de iniciativa, de interioridad, que lucha por ser a pesar de la represión, la mirada del déspota es desesperada, porque sabe que no puede apoderarse de la persona y la liberación del yo es inminente.

En este sentido para Mounier todo sufrimiento es la forma como la verdad se hace concreta, como se hace presente la persona que estoy llamado a ser, y por tanto la mirada que me hace ser en el amor, en cada acontecimiento, que es simultáneamente una realidad en el tiempo, con una ruptura con la estructura *a priori* de la razón o con la economía del conocimiento, abriendo siempre a posibilidades nuevas, no hay sufrimiento o acontecimiento que sea indiferente⁹. La indiferencia aparente se resuelve cuando decidimos serle fiel, como diría Badiou, al sentido de verdad de lo que acontece, es decir, que por su mismo acontecer nos llama a ponernos en relación y a decirnos algo de esa misma relación, es una llamada al tú que somos.

Para Mounier la persona es el drama del sufrimiento en el cual el acontecimiento representa siempre una invitación o llamada a mirarse en el amor de serlo sin reducirnos a lo que lo delimita o lo conceptualiza, es

⁹ Cfr. Emmanuel mounier, cartas desde el dolor, p. 21.

una vitalidad motivada siempre por la revelación de la verdad. La persona no es el centro, sino que el centro es la relación en la cual esa verdad se sabe en la experiencia propia de vivirla o ensayarla: “Hay que sufrir para que estas verdades no sean doctrinas, sino que salgan de la carne.”¹⁰ No quiere decir que sea un sufrimiento sin sentido o masoquista, es decir, con un objetivo ideológico, sino que es el sufrimiento inherente al drama mismo de atreverse a elegirse a sí mismo en la condición de síntesis de nuestra existencia humana.

Esta liberación del yo es lo que transfigura al sufrimiento en alegría, pues deja a un lado la actitud autosuficiente del yo, por la de ponerse en la actitud de espera y confianza, propia de ser un tú, ante la honestidad de que la condición humana es una de ruptura, por eso nos dice Mounier: “hay que transformar en alegría todo lo que la fortuna nos niega. ..yo quisiera que tengas el mínimo de calma para ser sufrimiento en el sufrimiento, esperanza en la esperanza, vamos a inventar una nueva clase de presencia en la inseguridad total, tan próxima la que ha sido nuestra durante meses”¹¹

El drama ensaya a la persona cuando no se dirige a un objeto o lugar o tiempo, sino que como dice el escritor Haruki Murakami¹² lo importante es la huella interior que el paso por esta vida dejó y que define quién soy yo, mi nombre propio. Probablemente todo el problema sea saber si el sufrimiento se va a transformar en interioridad y eso es lo que nos hace vivos, la vida se halla inestable en nuestros actos.

El problema es que hemos convertido nuestra vida en una farsa, cuando, como dice Cioran nos hemos creído el centro, razón y resultado del tiempo.¹³ Cuando siguiendo el sueño de Descartes, en su discurso del

¹⁰ Emmanuel Mounier, cartas desde el dolor, p. 29.

¹¹ Emmanuel Mounier, cartas desde el dolor, p. 38.

¹² Haruki Murakami, de que hablo cuando hablo de correr, tusquets.

¹³ Cioran, breviario de podredumbre, p. 35.

método, en esa búsqueda insaciable de certeza, creemos que el *cogito* existencial es uno epistemológico: la identidad de la conciencia consigo mismo en el proceso mismo del dudar. De tal forma que la duda queda superada y el drama sustituido por un sistema de ideas que deductivamente ordenan la realidad y el mundo, mostrándonos, aparentemente, el camino más fácil, útil y verdadero. No más misterios, ni sufrimiento, sino ideas claras y distintas. Es la instauración del yo como sistema lógico omnisciente que pretende englobar toda la forma de ser en las formas conceptuales que con certeza ha descubierto.

Este yo posee una pasión paradójica, pretende que todo lo puede conceptualizar, y estos conceptos convertirlos en indicadores de conducta y desempeño universales. Pasión que satisface el deseo de seguridad de cada individuo, pero que al enfrentarse a las situaciones donde como persona debe decidir se angustia, su pasión para salir de la misma crea su propio fundamento, generando un sujeto absoluto que cree estar antes, después y por encima de la historia, el tiempo y las emociones. Pero la condición de por esta seguridad ofrecida la persona debe hacerse objeto del yo, es decir, renunciar al drama, al infinito, y determinarse como súbdito fiel y ciego a cumplir con la lógica de los conceptos, en sí una seguridad aparente. Lógica que se traduce en fórmulas, recetas, que pasan de generación en generación en manuales de vida, de educación de religión, etc. Y el día de hoy, que se venden como fórmulas de estilos de libertad por medio de la propaganda publicitaria. Como dice Cioran: “el principio del mal reside en la tensión de la voluntad, en la ineptitud para el quietismo,, en la megalomanía prometeica de una raza que revienta de ideal, que estalla bajo sus convicciones y la cual por haberse complacido en despreciar la duda y la pereza –vicios más nobles que todas sus virtudes- se ha internado en una vía de perdición, en la historia, en esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis. (...) ¿Qué es la caída sino la búsqueda de una verdad y la certeza de haberla encontrado, la pasión por

un dogma, el establecimiento de un dogma? De ello resulta el fanatismo – tara capital que da al hombre el gusto por la eficacia, la profecía y el terror- lepra lírica que contamina las almas, las somete, las tritura, las exalta.”¹⁴

Se ha creado así del drama una farsa, cual es toda forma de fanatismo, pues es la pretensión como teatro y exageración de crear un sistema de categorías de la propia existencia que detienen o justifican o determinan su movilidad. La farsa es exterior, quiere una seguridad que no le corresponde, es una falta de respeto a la infinitud de la persona. Busca la seguridad, en otro o en el método, termina por no saberse humano, como son las ideologías, no nos ayuda a decirnos algo del mundo o la condición humana, sino que nos quiere vender algo, al fin y al cabo utilizarnos como instrumentos de una propaganda.

La farsa es una hipocresía instrumentalizada, o como diría Kierkegaard, cuando la posibilidad la queremos encerrar en la pajarera de la probabilidad. Aquí la mirada del otro no es de amor, es de observación, sujeción e imposición despótica, porque lo importante es mantener esa certeza del yo. No importa la persona, sino el concepto de persona y por el concepto se ha llegado hasta la violación directa de su dignidad. La aparente seguridad de la farsa, es que parecería que somos verdaderos en la medida en que cumplimos con su lógica, con sus indicadores y formas cuantitativas de desempeño. Por poner un ejemplo, es como los certificados éticos que algunas empresa pretenden ostentar o los certificados de calidad, como si fueran de la calidad moral de sus intenciones. La persona aprisionada por el yo termina por ser un instrumento del narcisismo del que tiene el poder de convencer de sus certezas y su método de poseerlas. La relación entre personas sometidas al

¹⁴ Cioran, breviario de podredumbre, pp. 31-32.

yo es contractual, es de objetos, y no de afecto, de amor, de proyectos, de libertad.

Pero como dice Mounier: “es preciso que la vida nos arranque periódicamente de la estafa del pensamiento, el pensamiento que vive sobre los actos y los méritos de otros”¹⁵ Porque finalmente la estafa es que el pensamiento no reconozca la infinitud del drama existencial de la persona. En la farsa, la actividad por otros se convierte en un forzar al otro a la conversión al yo, al gran hermano, y en el ensayo es una invitación a reconocerse amado y asumirse en la singularidad, en uno hay sociedad o institución, en el otro comunidad.

Conclusión.

La persona no es una fórmula, un objeto de definición o una certeza científica o metafísica, sino la certeza en el sufrimiento de ser un drama de amor en el cual cobra presencia su infinitud y su vocación de sentido singular, como un acontecimiento de liberación de la persona del yo, de una seguridad auto impuesta, pero por lo mismo una farsa, a una confianza esperanzadora de revelación en el ensayo del día al día.

Nos debatimos constantemente en este estado de ruptura del yo por el ensayo, de descentramiento de la persona a la relación del tú, de la hostilidad y desesperación implícita en el yo, a la hospitalidad y confianza del drama personal, de la mirada observadora a la mirada interior que se sabe amada, de la pureza del sistema al sufrimiento del acontecimiento, de la economía de la verdad por la deducción a la fidelidad de la verdad revelada que pide ser interpretada.

Y en este vaivén de nuestra forma de ser, la singularidad de la relación personal se topa en algún momento con el acto máximo de ser persona: la muerte. La cual es un acontecer y sufrimiento de lo irremediable, sólo se

¹⁵ Emmanuel mounier, cartas desde le dolor, p. 54

puede relacionar cuando se arrodilla en la plegaria, sin certeza alguna, con escándalo total a toda sana razón, pero en un acto completamente singular de la espera de esa llamada específica que nos hace sabernos más que sólo este pedazo de carne, como dice Mounier en una carta acerca de la inminente muerte de su hija Francesca:

Con toda seguridad, nunca he conocido de forma tan intensa el estado de plegaria como cuando mi mano le decía cosas a esta frente que no respondía nada, cuando mis ojos se arriesgaban hacia esta mirada distraída, que llevaba lejos, lejos por detrás de mí, no sé que acto emparentado con la mirada, un acto que miraba mejor que la mirada. Misterio que sólo puede ser de bondad. 8...) mi pequeña Francisca, tú eres para mí la imagen de la fe. Aquí abajo la conocerán en enigma y como un espejo... en esta historia nuestra desgracia adquiriría un aspecto de evidencia, una familiaridad aseguradora, mejor no es está l apalabra, una familiaridad comprometedora: una llamada que no denotaba ya fatalidad. (...) Francisca hija mía, sentimos que una nueva historia interviene en nuestro diálogo: resistirnos a las formas fáciles de la paz firmada con el destino, seguir siendo tu padre y tu madre, no abandonarte a nuestra resignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; darte tu pan cotidiano de amor y presencia, proseguir la plegaria que eres tú, reavivar nuestra herida, puesto que esta herida es la puerta de la presencia, permanecer contigo.”¹⁶

En otras palabras la persona es la presencia sufriente de la infinitud de su misterio que no puede objetivarse y por ello siempre una compañía que continua amándose, cuidándose, a pesar de la muerte, como diría Kierkegaard, en este amor a los muertos se denota la presencia más precisa del amor al prójimo, que nos define como personas, porque no están en función del mundo o de intereses, es completamente gratuito y no se disuelve con el recuerdo, ni con el futuro, sino que permanece para siempre. Por eso el ensayo es prepararse para morir en el instante eterno del amor y la farsa, pretender que no moriremos por desesperación.

¹⁶ Emmanuel mounier, cartas desde kle dolor, pp. 53-54.